Dup

SINESIO DELGADO

La revolución desde abajo

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

Representada por primera vez en el TEATRO VICTORIA EUGENIA,
de San Sebastián, por la compañía
del de LARA, de Madrid, el día 24 de Agosto de 1912.



MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1912

3

A Manuel Suárez García, su amigo:

[illegible]

LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

La revolución desde abajo

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representada por primera vez en el TEATRO VICTORIA EUGENIA,
de San Sebastián, por la compañía
del de LARA, de Madrid, el día 24 de Agosto de 1912.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 dup.°, bajo.
1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Paquita	D.ª María Luisa Monero.
Gregoria	» Virginia Alverá.
Eulalia	» Carmen Seco.
Prudencia	» Carmen Escudero.
Victoria	» Eugenia Illescas.
Deogracias	D. Salvador Mora.
Leandro	» Francisco Barraycoa.
Rafael	» José Mora.
Benito	» Antonio Pérez Indarte.

La acción en Madrid. Época actual.
Derecha e izquierda las del actor, frente al público.



ACTO PRIMERO

Habitación en casa de una familia regularmente acomodada. Una puerta á la izquierda y otra en segundo término derecha. En el fondo ventana con vidrieras, que da al patio. Mesita de escritorio en primer término derecha, y costurero en segundo izquierda, cerca de la ventana.

ESCENA PRIMERA

PRUDENCIA.—VICTORIA (dentro).—Luego BENITO (dentro).

(Al levantarse el telón sale PRUDENCIA por la derecha con una alfombra pequeña y bastante deteriorada, abre las vidrieras de la ventana del fondo y sacude hacia el patio con toda su alma. A poco se oye dentro y abajo la voz de VICTORIA.)

VICT. Oiga usté hija de mi alma, ¿tiene usté permiso del alcalde de barrio?

PRUD. ¿Quién lo pregunta?

VICT. Aquí, en el entresuelo.

PRUD. Y ¿para qué lo quería usté saber?

VICT. Para echarle yo también un memorial, á ver si me deja sacudir los trapos á las tres de la tarde

PRUD. Yo no sacudo trapos.

VICT. Usté dispense. No me había fijao en que lo que tiene usté en las manos es un tapiz de seda.

PRUD. Torzal y muy torzal, y ya hemos hablao bastante. (Vuelve á sacudir enérgicamente.)

VICT. ¡Portero! Haga usté el favor. ¡Porterooo!...

PRUD. (Dejando de sacudir.) Hija, no grite usté así, que se van á creer que han entrao ladrones.

VICT. Ladrones, no; pero gente de poca aprensión sí que hay en la casa.

PRUD. Desde que usté ha venido.

BEN. ¿Quién me ha dao las voces?

PRUD. Ahí, la fregatriz del entresuelo derecha.

VICT. Fregatriz. . ¡qué gracia! Dijo la sartén al cazo...

BEN. Pero ¿se pué saber qué pasa?

(A un tiempo.)

PRUD. Que ahí, á la señora ésa, la molesta todo, ¿sabe usté? y la ha tomao con la alfombra como podía haberla tomao con el gato, ¿sabe usté? y yo sacudo á estas horas porque puedo, y porque puedo, y porque puedo...

VICT. Que á esa preciosidad del segundo se la ha puesto en el moño hacer lo que le da la realísima gana, ¿sabe usté? y no tié una libertad para asomarse á la ventana porque no se puede respirar de polvo...

BEN. ¿Se quién ustés callar? La señora pué sacudir lo que quiera porque pá eso es el patio.

VICT. Pá eso y pá que usté no lo barra nunca.

BEN. ¡A ver si subo!

VICT. ¿Me va usté á comer?

EUL. (Apareciendo en la primera izquierda y quedándose en el dintel.) ¿Qué es eso?

PRUD. A usté no hay quien la coma, porque todos saben que es usté de la cáscara amarga.

BEN. ¡Ahí duele, ahí duele!

VICT. ¿Quién se lo ha dicho á usté? ¿El novio de la pava de su señorita?

ESCENA II

DICHOS.—EULALIA.—Luego PAQUITA (dentro).

EUL. (Avanzando un poco hacia el centro de la escena.) ¿Eh?

PRUD. A mí no me lo ha dicho nadie.

VICT. Creí. Porque también por ahí arriba hay quien las mata callando.

EUL. (Acercándose á la ventana sin poderse contener.) ¿Qué quiere usté decir con eso, deslenguada?

VICT. ¡Ah! ¿pero estaba usté ahí? ¡Qué graciosa!

EUL. A mí no tiene usté que aludirme para nada. Y para escandalizar menos.

VICT. ¡Ay, aludir! ¿Y eso con qué se come?

BEN Vamos, más respeto, ¡caray!

VICT. Usté dispense, pero como no creí que la niña estuviera de apuntador de la muchacha...

PRUD. Piensa el ladrón.. A saber si tendrá usté alguien detrás de la cortina.

EUL. Pudiera ser, porque tal para cual..

BEN. Y que usté lo diga, que también la señora es de órdago.

PAQ. (Dentro.) ¡Oiga usté, mamarracho! Usté á su obligación y no se meta donde no le llaman.

BEN. ¡Agua va! Ahí queda eso.

PAQ. Y usté, niña, á callar y á hacer encaje de bolillos.

EUL. ¿Me lo manda usté?

PAQ. Sí, hija, yo; para que se deje usté de soliviantar á las criadas.

PRUD. Aquí no solivianta nadie más que la doncella de usté ó lo que sea.

VICT. ¿Cómo que lo que sea?

PRUD. Porque á saber si estará usté para todo.

PAQ. Está para lo que hace falta. Como usté está ahí para llevar recaditos al novio de la sosaina ésa.

EUL. ¡Señora! Más vale ser sosaina que...

PAQ. Acabe usté, hija.

ESCENA III

DICHAS.—GREGORIA.

GREG. (Saliendo rápidamente por la primera izquierda y asomándose á la ventana como un rayo.) Yo acabaré, si usté quiere.

PAQ. ¡Uy, la tarasca!

VICT. ¡Que viene el coco!

GREG. Lo que va á venir es un guardia ahora mismo.

VICT. ¡Señora! ¿Le va usté á traer en brazos?

EUL. ¡Usté se calla!

PAQ. No va á querer.

GREG. Yo la haré que quiera.

VICT. ¿Cómo?

GREG. Lo va usté á ver en seguida, insolente.

VICT. ¡Señoritas del pan pringao!

EUL. ¡Lagartonas!

PAQ. ¡Cursis!

PRUD. ¡Váyase usté con los soldaos!

PAQ. ¡Espantapájaros!

GREG. ¡Golfas! (Todas estas injurias casi á un tiempo. Sigue la gritería y el escándalo dentro y fuera, lanzándose unas á otras cuantos improperios se las ocurran. En lo más fuerte de la chillería sale Deogracias por la segunda izquierda, se acerca á la ventana, aparta violentamente de ella á las tres mujeres, cierra las vidrieras, hace una seña á Prudencia para que se vaya, y ésta lo hace por la derecha. Dentro sigue oyéndose el chaparrón de denuestos de Paquita y Victoria. En la izquierda aparece Rafael en este momento.)

ESCENA IV

GREGORIA.—EULALIA.—DEOGRACIAS.—RAFAEL.

DEOG. ¡Pues, hombre, no faltaba más! ¿Qué va á ser esto?

GREG. Esto va á ser que hay que tomar una determinación.

DEOG. Ya sé cuál es. No abrir jamás la ventana del patio.

GREG. ¡Justo! ¡Para que se ría de nosotros la pájara del entresuelo!

EUL Y que eso no puede ser, papá; hay que limpiar las cosas.

DEOG. Pero, hija, si ya está visto que en cuanto la muchacha asoma las narices la empiezan á decir perrerías.

GREG. Por eso no queda más que una solución.
DEOG. ¿Cuál?
GREG. Mudarse de casa. Aquí no se vive en paz ni una hora del día.
RAF. Ni de la noche.
DEOG. ¿Eh?
RAF. Sí, papá. Ni de la noche. Yo no puedo estudiar desde que ha venido la vecina nueva.
DEOG. ¿Qué te hace, hijo?
RAF. Me hace, que viene siempre á las tantas, y se pone á cantar á toda voz tangos y garrotines, ó la emprende á gritos con la criada. Se conoce que viene del teatro.
GREG. ¡Del teatro! Sabe Dios de dónde vendrá esa.
DEOG. Gregoria, ¡por Dios!, que está aquí la niña.
GREG. Porque está aquí la niña es por lo que no puede ver ciertos ejemplos.
EUL. Mamá, si yo no veo nada.
GREG. Pero lo oyes, lo respiras... Hay que buscar á escape otro cuarto.
RAF. Lo malo es que .. si salimos de Málaga para entrar en Malagón...
GREG. Se averigua, se pregunta, se toman informes... Dejadlo de mi cuenta.
DEOG. No, no; espera. No tenemos prisa. Me fastidia la idea de andar con los trastos al hombro. Ya sabes que me gusta la tranquilidad, el orden el método... Nada de trastornos ni de bulla.
GREG. Por lo mismo no querrás que tu mujer y tu hija tengan que andar á todas horas disputando como rabaneras.
EUL. Y con esas mujeronas no hay otro remedio, papá. Sacan de quicio.
DEOG. Bueno, pues sí hay otro remedio.
GREG. ¿Cuál?
DEOG. En lugar de marcharnos nosotros podíamos hacer que se marcharan ellas.
GREG. ¿Sí? ¿Cómo?
DEOG. Muy sencillo. Oye, Rafaelito, ¿tú ibas á salir á la calle?
RAF. Sí, á buscar unos apuntes que tengo que copiar para mañana.

DEOG. Pues ya que bajas dí al portero que suba.

RAF. ¿Nada más?

DEOG. Nada más.

RAF. En seguida.

DEOG Anda, hijo, anda; el llanto sobre el difunto. (Vase Rafael por la derecha.)

ESCENA V

GREGORIA.—EULALIA.—DEOGRACIAS.

GREG. Te advierto, por si vas á contarle algo, que el portero también ha tomado parte en la gresca.

EUL. Y también le han puesto como chupa de dómine.

DEOG. Mejor; así cumplirá con más gusto el encarguito que voy á darle. Pero, vamos á ver, ¿la trapatiesta de hoy á qué ha obedecido?

GREG. A que esas malas pécoras de abajo nos han faltado al respeto, ¿lo oyes?, ¡al respeto!

DEOG. ¿Cómo?

GREG. Pues... como siempre. A mí me han llamado espantapájaros.

DEOG. No está mal.

GREG. ¿Cómo que no está mal?

DEOG. Lo digo con ironía, mujer; así como si dijera: «¡Vaya un principio!»

EUL. Y á mí me han sacado á relucir el novio.

DEOG. ¿A Leandrito? ¿También se han metido con Leandrito? ¿Y qué han tenido que decir esas malas lenguas?

EUL. Pues algo asi como que á lo mejor las mata callando.

DEOG. ¡Ni á lo mejor ni á lo peor! Estoy seguro de que no las mata de ninguna manera. Es mi retrato enteramente Muy formal, muy prudente, nunca se le ha conocido una aventura, ni un trapicheo, ni se sabe que haya gastado una peseta más de las precisas.

GREG. ¡El yerno mejor del mundo!

DEOG. ¡El yerno ideal!

GREG. Y que irá ascendiendo, ascendiendo...

DEOG. Eso, y á su vez será padre, y acabará por ser suegro como todo el mundo.

GREG. No me refería á eso. Quiero decir que el sueldo será mayor cada vez, que el empleo irá mejorando...

EUL. Y sobre todo que me quiere, vaya.

DEOG. Mira, hija, eso de que te quiere no se ha averiguado bien todavía.

EUL. ¿Cómo que no?

DEOG. Porque, la verdad, no es muy expansivo que digamos. Yo soy muy correcto y muy metódico, pero en método y corrección me da quince y raya.

GREG. ¡Como debe ser!

DEOG. Sí, claro; pero... vamos, creo yo que en estas cosas... Siempre es igual, siempre se presenta á la misma hora, muy fino, muy atento... «¿Cómo están ustedes?» «¿Han descansado ustedes?» «Hoy nos ha caído un expediente de minas que ya, ya...» Y le cuenta á la novia todo el expediente.

EUL. ¡Pues es muy cariñoso!

DEOG. Sí, sí; muy cariñoso; pero contando los expedientes.

ESCENA VI

DICHOS.—BENITO.

BEN. ¿Se puede pasar? (En la derecha.)

DEOG. Adelante, adelante, señor Benito.

BEN Ustés dirán, aunque ya me figuro pá lo que es

GREG. ¿Qué es lo que usté se figura?

BEN Que me van ustés á dar alguna queja por lo que ha pasao en el patio hace poco.

DEOG. Algo por el estilo es, pero no es eso.

BEN. ¿Que no?

DEOG. No; porque la queja no es á usté. Ya sabemos que usté ha querido poner paz.

BEN. Es mi obligación, aunque no se ha dao el

caso de que me salga con la mía. Cuando una vecina sale escandalosa...

GREG. Pues á propósito de la vecina escandalosa.

DEOG. Déjame, mujer; soy yo el que tiene que decirlo. Se trata de que no podemos aguantar más, como usté comprende, porque las costumbres y el vocabulario de las nuevas inquilinas son incompatibles con nuestra dignidad y nuestro decoro...

BEN. No me tiene usté que decir nada. Yo he sido guardia civil reenganchao, que es como ser dos veces guardia civil .. y con todo y con eso la señorita y la doncella, y la doncella y la señorita, me han soltao algunas expresiones que me han sacao los colores á la cara. Sin ir más lejos, ayer, al bajar la escalera, tropecé sin querer con la muchacha, y... ¿á que no saben ustés lo que me dijo?

GREG. No; ni lo queremos saber. ¿No dice usted que se puso colorado?

BEN. Sí, señora, sí; como una amapola.

GREG. Pues figúrese usté cómo se pondría la niña.

BEN. Es verdad; pero le advierto á usté que la niña pué que no lo entendiera.

DEOG. Por si acaso. Y vamos á lo nuestro. Le he mandado llamar para decirle que esta misma tarde, ¡fíjese usted!, esta misma tarde, diga de mi parte al administrador que ó despide inmediatamente á esa señora con el pretexto que se le antoje, ó considere desalquilado este cuarto desde el primero del mes que viene.

GREG. No, no; desde pasado mañana.

BEN. ¡Cómo! ¡Don Deogracias! ¡Doña Gregoria! ¿Así lo toman ustedes?

DEOG. Así lo tomo.

GREG. Así lo tomamos

BEN. Bueno, bueno; pero les advierto á ustedes que doña Paquita...

GREG. ¿Quién es doña Paquita?

BEN. La interfecta, la del entresuelo, vista así de cerca, tiene una cara muy graciosa y un cuerpo muy serrano, mejorando lo presente;

y la criadita, cuando me la tropecé en la escalera, no me pareció una monstruosidad, ni muchísimo menos.

GREG. Y eso ¿qué tiene que ver...?

BEN. Tiene que ver que el administrador es un hombre como nosotros, y en cuanto doña Paquita le diga dos palabras con un gestillo muy zaragatero que pone... ¡qué sé yo, qué sé yo! me paece á mí que me va á contestar que se muden ustés cuando les dé la gana.

DEOG. ¡Pues nos mudaremos!

BEN. Yo que ustedes lo pensaría, porque el trastorno es para ustedes .. Las casas de este precio andan muy buscadas y, ¡qué sé yo, qué sé yo!, pué que se disputara este piso mucha gente sólo por vivir cerca de doña Paquita.

DEOG. Tiene usté razón. Y se reiría ella.

BEN. ¿Que si se reiría? Y que pué que saliera al balcón á despedirles á ustés con cuatro chuflas.

EUL. De seguro ¡Qué vergüenza!

GREG. Esperad; se me ha ocurrido una idea ahora mismo.

DEOG. ¿Cuál?

GREG. Que no seamos nosotros solos los que pidamos la expulsión. Que sean todos los vecinos.

DEOG. ¡Hombre, eso está bien! Una manifestación en regla, hasta con banderas y todo, en nombre de la moralidad pública y privada. ¿No te parece?

GREG. No digas tonterías. Basta con un memorial firmado por los cabezas de familia. Tú lo escribes diciendo... eso.

DEOG. Sí; justo, diciendo la verdad. Que no podemos, yo particularmente, tolerar ningún género de ataques á la decencia, no sólo en la plaza pública, sino en el interior de las habitaciones... ¡Ah! en eso hay que ser inflexible, señor Benito. Hay quien cree que con no dar escándalo, basta. Yo creo que ni en el secreto más profundo se debe hacer la

vista gorda en punto á liviandades y atrevimientos.

GREG. Bueno; déjate de discursos. Escribe lo que sea y que el señor Benito nos haga el favor de pasar el papel por todos los cuartos.

DEOG ¿Usté cree que firmará la mayoría por lo menos?

BEN. ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo! Ya le digo á usté que la prójima tiene un gestillo que quita la cabeza.

DEOG. Pero, hombre, hasta ese punto... De todos modos, hay que intentarlo. Yo voy á redactar la carta para el administrador ahora mismo. Haga usté el favor de subir dentro de media hora.

BEN. Como usté mande; pero milagro será, milagro será.. El coronel del principal derecha me da el corazón que no firma. Digo, á no ser que la coronela... En fin, hasta luego.

DEOG. Vaya usté con Dios. (Vase Benito por la derecha.)

GREG. Y nosotras te dejamos, que ya estará al caer Leandrito.

DEOG. Es verdad que es su hora. Veréis cómo no se retrasa.

EUL. Lo cual es una prueba de que me quiere mucho.

DEOG. Sí, te quiere, te quiere... «¿Cómo están ustedes? ¿Han descansado ustedes?», etc., etc... (Vanse las señoras por la izquierda. Simultáneamente aparece Rafael por la derecha con unas cuartillas en la mano.) Hombre, no puedes llegar más á tiempo.

ESCENA VII

DEOGRACIAS.—RAFAEL.

RAF ¿Ocurre algo? (Durante lo que sigue se sienta junto á la mesita escritorio, prepara papel y se dispone á copiar los apuntes que ha traído.)

DEOG. Nada, que tengo que redactar un escrito y tú puedes ayudarme.

RAF. ¿Un escrito? ¡Si yo no sé nada de eso todavía! ¿No ves que estoy en Derecho romano?

DEOG. No importa; de alguna manera se arreglarían los inquilinos de Roma para pedirle algo al casero.

RAF. Pero, ¿es que habéis pensado?..

DEOG. Hacer una solicitud para que echen á la vecina del entresuelo.

RAF. Pues eso es muy fácil.

DEOG. Pedirlo, sí; pero es que yo quería hacer algo así como unos considerandos... ¿No llamáis considerandos á eso?

RAF. No sé; yo no he llegado todavía.

DEOG. ¡Qué lástima!, porque yo tengo la idea, pero me va á costar trabajo darle la forma. ¿Te corre á ti eso mucha prisa?

RAF. Bastante. Tengo que devolver los apuntes esta misma noche. Pero, ¿cuál es tu idea?

DEOG. La de siempre; la que os estoy predicando á todas horas: que la inmoralidad es inmoralidad, aunque no se exhiba públicamente.

RAF. Y en este caso sí que se exhibe.

DEOG. Hombre... la verdad es que nosotros no hemos visto nada.

RAF. Pero lo hemos oído. ¿No te he dicho que ya estoy harto de garrotines?

DEOG. ¡Muy bien, Rafaelito, muy bien! Eres digno hijo mío. Hasta los garrotines te espantan.

RAF. Es verdad, me crispan los nervios. Y eso que no he visto á las que los bailan cómo los bailan.

DEOG. Ni falta que te hace. Bueno, pues... yo me las arreglaré como pueda. Avisa cuando llegue el novio de tu hermana. (Vase por la primera izquierda.)

ESCEÑA VIII

RAFAEL.—En seguida LEANDRO.

RAF. ¡Y que la racioncita es buena! (Escribe dictándose á sí propio.) «La tutela es...» Es. «Vis ac potestas», fuerza y potestad... «In capite libero», en cabeza libre...

LEAND. (Saliendo por la derecha.) Buenas tardes, Rafaelito; trabajando siempre, ¿eh?

RAF. ¿Y qué remedio? (Continuando la escritura.) «En cabeza libre.»

LEAND. ¿Y la familia?

RAF. Por allá dentro andan todos. Ahora voy á avisar que has venido.

LEAND. Déjalo; yo entraré.

RAF. Como quieras. (Continuando.)

LEAND Por lo visto corre prisa. ¿Quieres que te dicte?

RAF. No, gracias; tardo lo mismo, y se me queda así mejor en la cabeza

LEAND. ¿Sabes que me parece que va á acabar por perjudicarte tanta afición al estudio? ¡Siempre te encuentro con las lecciones á vueltas!

RAF. Naturalmente.

LEAND. Naturalmente no, porque á la juventud también hay que darle lo suyo, y tú eres un viejo que no ha entrado en quintas

RAF. No parece sino que tú eres un calavera deshecho.

LEAND. Calavera, no; pero tampoco cartujo Madrugo, cumplo mi obligación en la oficina, me acuesto temprano; pero también me doy algún paseo que otro, voy al café algunas veces y, ya ves, hasta tengo novia.

RAF. ¡Ya, ya! ¡Eres atroz!

LEAND. ¡Ah! ¿Te burlas?

RAF. No; al contrario, te envidio. Yo también tendría novia con mucho gusto; pero, la verdad, creo que aunque me gustara una muchacha no sabría cómo decírselo.

LEAND. Eso no es dificultad. Más corto que yo... ¡Como que soy el hazme-reir de la oficina!

RAF. Pues entonces...

LEAND. Pero, á fuerza de cavilar, caí en la cuenta de que no hace falta decirlo. ¿A que no sabes cómo me declaré á tu hermana?

RAF. No me lo ha dicho.

LEAND. Pues la vi en una reunión de las chicas de don Aquilino, que sabes es mi jefe; me gustó. y al día siguiente ¡zás! la mandé un ramo de flores.

RAF. ¿Con una tarjeta?

LEAND. No; sin tarjeta ni nada, para que el obsequio tuviera algo de misterioso, que eso siempre las gusta.

RAF. Bueno, ¿y qué?

LEAND. Pues nada; al otro día, á la misma hora, otro ramo, y luego otro, y otro, hasta siete.

RAF. Una semana de ramos.

LEAND. Cuando ya me figuré que tendría mucha curiosidad por saber lo que significaba aquello, aproveché otra reunión de don Aquilino...

RAF. Y la diste otro ramito.

LEAND. No; me acerqué y la dije como que se me caía: «Yo soy el de las flores.» Con aquello estaba dicho todo. ¿Comprendes?

RAF. ¡Hombre, sí! Es una buena idea.

LEAND. Aprovéchala.

RAF. En cuanto vea alguna chica que me guste... ¡zás! el ramo.

LEAND. Y, aunque no consigas otra cosa, distraerás la imaginación, que se te va á enmohecer con tantos latines.

RAF. Ahora, déjame. (Sigue copiando.)

ESCENA IX

DICHOS.—GREGORIA.—EULALIA.—DEOGRACIAS.
Al fin, PRUDENCIA.

GREG. ¡Calle! ¡Si está aquí Leandro!

EUL ¡Gracias á Dios! ¡Vaya unas horas!

LEAND. Me entretuve un momento con Rafaelito.

DEOG. (Ya decía yo que no podía retrasarse.)

LEAND. Y á todo esto... ¿cómo están ustedes?

GREG. Bien ¿Y usted?

LEAND. Bien, gracias. ¿Han descansado ustedes?

DEOG. Sí, hombre, sí; hemos descansado como todos los días. (Aparte á Eulalia) ¿Ves? ¡No falla! (Siéntanse Gregoria y Eulalia junto al costurero. Leandro cerca de ellas. Eulalia hace encaje de bolillos. Gregoria otra labor cualquiera.)

EUL. Pues, mira, ya veníamos con el propósito de empezar la labor sin ti.

LEAND. Me hubieras dado un disgusto muy grande.

GREG. Y nosotros lo hubiéramos tenido también, Leandrito. Como ya es costumbre...

DEOG. Costumbre patriarcal. Esto ensancha el ánimo. Mira, Rafaelito, deja eso un momento.

RAF. ¿Para qué?

DEOG. Tú, que tienes mejor letra que yo, vas á poner este borrador en limpio. Aquí tienes el pliego. (Coloca sobre la mesa un pliego de papel de barba, y se dispone á dictar, leyendo la cuartilla del borrador.)

RAF. Papá, que tengo mucha prisa; que no voy á acabar hoy con la tutela.

DEOG. Ya acabarás mañana, ¡caray! Anda, pon el encabezamiento. «Señor don...» (Sigue bajo.)

LEAND. Y que además he llevado una mañanita...

EUL. No me digas más. Un expediente muy difícil, ¿no?

LEAND. Pero muy difícil.

GREG. ¿También de minas?

LEAND. No, señora, de riegos Esas cuestiones del agua no saben ustedes lo que dan que hacer. (Sigue bajo.)

DEOG. (A Rafael.) Ya se encharcó aquél como todos los días.

RAF. Eso en párrafo aparte ¿verdad?

DEOG. No, hombre; eso no lo pongas.

RAF. Ya decía yo que á qué vendría lo de los charcos.

DEOG. ¿En qué estás?

RAF. «Los firmantes, heridos en su dignidad...»

DEOG. Sigue. «De padres y esposos...»

RAF. Esposos.

DEOG. «Y no debiendo tolerar el mal ejemplo...»

RAF. Ejemplo.

DEOG. «Para sus hijas y esposas.»

RAF. Te advierto que el del tercero derecha vive solo.

DEOG. Porque está separado de su mujer; pero puede firmar. (Siguen bajo.)

LEAND. ¡Claro! Los del otro pueblo reclaman, y como hay que buscar y estudiar los artículos de la ley en que unos y otros se apoyan...

GREG. Pues eso debe ser fácil.

LEAND. No; si yo lo hubiera despachado hoy mismo si no hubiera tenido una visita inoportuna... Y á propósito, ¡caramba! se me olvidaba lo más importante; voy á dar á tu papá un notición que le va á poner como unas castañuelas. Con permiso. (Se levanta y se acerca á don Deogracias.)

DEOG. ¿Qué es ello?

LEAND. Acabe uste el párrafo. (Deogracias continúa un momento dictando á Rafael.)

EUL. (A Gregoria.) ¿Ves? casi tiene razón papá. No me dice más que tontunas.

GREG. Pero, hija, estando yo aquí, ¿de qué va á hablar el hombre? Espera, voy un momento á buscar un carrete. Verás cómo aprovecha la ocasión. (Vase izquierda.)

DEOG. (A Leandro.) Ya puede usté hablar.

LEAND. ¿A que no sabe usté quién ha ido á buscarme esta mañana á la oficina? Ramoncito Perales, el del ministerio de Estado.

DEOG. ¡Hombre! ¿Y qué quería Ramoncito?

LEAND Entregarme una cosa que le va á proporcionar á usted una satisfacción muy grande.

DEOG. ¿La cruz del Cristo de Portugal?

LEAND. ¡Quiá! Otra cosa mejor ¿Qué sello le faltaba á usted en el álbum de los Balkanes?

DEOG. El de Servia de 1892.

LEAND. Pues aquí lo traigo.

DEOG. ¿De veras? ¡No me embrome usted, Leandrito! Que lo he andado buscando por todas partes y he ofrecido por él hasta diez duros.

LEAND. Que se ha ahorrado usted, porque lo tiene gratis.

EUL. ¡Leandro!

LEAND. Y que no viene solo... ¡Caramba! ¿Dónde los habré yo puesto?

EUL. ¡Leandro!

LEAND. ¿Qué?

EUL. Haz el favor de venir un momento á desenredarme estos hilos.

LEAND. Voy en seguida. ¡Ah! aquí están. (Envueltos en un papelito.)

DEOG. ¿Que no viene solo?

LEAND. Desenvuelva usted y cáigase de espaldas.

DEOG. ¡Calla! ¿De dónde es este otro?

LEAND. De Bulgaria, de la misma fecha.

EUL. ¡Leandro!

LEAND. ¡Voy, voy!

DEOG. ¡De Bulgaria! Pero si este de Bulgaria no lo tiene casi nadie... ¡Ese Ramoncito Perales es una joya!

GREG. (Que ha vuelto á salir un momento antes.) ¿Qué? ¿Te ha dicho algo?

EUL. ¡Si no se ha acercado siquiera!

GREG. Haberle llamado con cualquier pretexto, mujer.

EUL. ¡Pero si lo he hecho, mamá!

LEAND. Quéjese usted ahora de su suerte. Vamos á ver, ¿qué hilos eran esos? (Volviendo al lado de Eulalia.)

EUL. ¡A buena hora, hijo!

RAF. (A Deogracias, disponiéndose á escribir de nuevo.) ¿Seguimos ó no?

DEOG. Espera, espera. La emoción no me dejaría dictar... Soy demasiado dichoso en este momento para hablar de la dignidad herida. Mira, ¿ves? Aquel grupo es feliz, tú estás trabajando, yo con dos sellos nuevos... ¡Qué cuadro de familia tan apacible y tan hermoso! (Aparece Prudencia en la puerta de la derecha.)

PRUD. ¡Señorita!

GREG. ¿Qué pasa?

PRUD. Ahí está la del entresuelo derecha. (Todos, menos Rafael, que sigue con su copia, se levantan como movidos por un resorte.)

GREG. ¡Cómo! ¡La del entresuelo!

DEOG. ¡Doña Paquita!

GREG. ¡Y se ha atrevido á subir! ¿Qué quiere?

PRUD. Pues... hablar con ustedes. Dice que si están ustedes ocupados volverá más tarde, á la hora que ustedes la digan.

GREG. ¡Habráse visto osadía semejante!

DEOG. Ya, ya; la señora es fresca.

EUL. No la recibas, mamá.

GREG. Naturalmente, ¡no faltaba otra cosa! Dígala usté que no tenemos nada que hacer, pero que no queremos ni verla.

DEOG. Espera, espera. Puede que la mujer venga á dar explicaciones.

GREG. ¡Aunque dé las que le dé la gana! Yo no podría contenerme y habría otro escándalo.

EUL. Yo no respondo de mí tampoco.

LEAND. Pero, con permiso de ustedes, yo creo que si no la reciben es capaz de cualquier cosa.

DEOG. Tiene razón Leandrito. Lo mejor es ver por dónde sale.

GREG. Es que yo la araño.

EUL. La arañamos

DEOG. Calma, calma; hablará conmigo nada más. Lo natural es que la reciba el jefe de la familia.

GREG. ¿Y qué le vas á decir?

DEOG. Pues... lo mismo que al administrador de la finca. ¡Ya verá ella cómo las gasta una persona decente! Deja eso, Rafael. Andad, salid todos.

RAF. Yo no acabo hoy... ni mañana.

GREG. Si se insolenta, la tiras al patio.

DEOG. Descuida, descuida.

EUL. (A Leandro.) Tú te quedas aquí cerca por si acaso, ¿sabes?

LEAND. ¡Mujer, no será para tanto!

EUL. Ten cuidado, papá, que ya sabes que dice el portero que tiene un gestillo...

DEOG. Para mí no hay gestos que valgan. (A Prudencia.) Dila que pase. (Vanse todos, menos Deogracias.) ¡Quién sabe! Puede que se convenza y esto sea una solución. Me parece que, si estoy un poco elocuente, la solicitud no me va á hacer falta.

ESCENA X

DEOGRACIAS.—PAQUITA.

PAQ. (Apareciendo en la puerta de la derecha.) ¿Se puede, vecino?

DEOG. ¡Adelante, vecina!

PAQ. ¿Está usté bueno?

DEOG. Bien, muchas gracias.

PAQ. No sabe usté los deseos que yo tenía de conocerle. ¡Parece mentira! Viviendo en la misma casa y no nos hemos encontrado nunca en la escalera. ¡Qué casualidad! ¿eh?

DEOG. Sí que es casualidad.

PAQ. Cosas raras que hay. A lo mejor no tropieza una nunca con una persona, y á lo mejor tropieza una muchas veces.

DEOG. Es lo que pasa. (Empezamos á tropezones) Pero siéntese usted, señora.

PAQ Muchísimas gracias. Es usted muy amable. (Se sienta á media anqueta en el pico de la mesa escritorio)

DEOG. (¡Canastos!) ¿No estará usté mejor en una silla?

PAQ. ¡Ay! no me hable usté de sillas; no, señor. Cuando tengo el corsé puesto, como no sea muy en alto es imposible...

DEOG. Como usté quiera

PAQ. Bueno, y usté dirá: ¿qué se le habrá perdido por aquí á la vecina?

DEOG. No, señora; porque estoy seguro de que no se le ha perdido á usté nada. (Así, con aspereza.)

PAQ. ¡Ay! ¡qué gracioso es el vecino! Es una frase hecha. Quiero decir que le chocará á usté que haya venido á visitarle, cuando es usté el que debia haber ido á mi casa.

DEOG. ¿Yo?

PAQ. Usté; sí, señor más natural es que vayan los hombres á visitar á las señoras, que no las señoras á visitar á los hombres. Digo, me parece.

DEOG. Pero como yo no tenía nada que decirla...

PAQ. ¿Que no? Mire usté, vecino: ¿Que es usté borracho?, no me importa. ¿Que es usté jugador?, me tiene sin cuidado. ¿Que es usté mujeriego?, ¡allá usté!... Pero eso de que sea usté embustero no se lo perdono.

DEOG. ¡Es que no soy ninguna de esas cosas!

PAQ ¡Bah! ¡No lo sabemos!

DEOG. ¡No lo hemos de saber, caramba!

PAQ. Por de pronto, ahora ha faltado usté á la verdad. ¡Así, clarito! Porque tenía usté que decirme. . lo que le va usté á contar al administrador por escrito; y me parece que cara á cara hubiera sido más noble.

DEOG ¡Ah! ¿ya está usté enterada?

PAQ. Naturalmente. El portero ha comprendido que su obligación era avisarme. Por cierto que me ha hecho muchísima gracia.

DEOG. ¿El portero?

PAQ. La idea de usté. ¡Mire usté que andar recogiendo firmas para poner en mitad del arroyo á una pobre mujer indefensa!

DEOG. Señora, tenga usté presente que...

PAQ. No me diga usté nada. Ya me figuro que la ocurrencia no es de usté.

DEOG. ¿Y por qué no ha de ser mía?

PAQ. Porque eso revelaría mal corazón, y no hay más que verle á usté la cara para comprender que por dentro es usté un ángel.

DEOG. ¿Un ángel? ¿Usté cree que soy un ángel por dentro? (Sí que tiene un gestillo comprometedor la condenada) Pues ahí tiene usté lo que son las cosas; la cara engaña muchas veces.

PAQ ¡Otro embuste!

DEOG. ¿Eh?

PAQ. Sí, señor; otro embuste, porque quiere usté hacerme creer que es un demonio.

DEOG. Un demonio, no; pero cuando hay algo que no debo tolerar... ¡no lo tolero! (Gracias á Dios que encontré la energía.)

PAQ. ¡Ah! pero ¿se va usté á enfadar de veras? ¿Y qué es lo que no puede usté tolerar, si puede saberse?

DEOG. Lo que no debo tolerar es .. es... ¡Demasiado lo sabe usté, señora! (Tiene una miradita que descompone.)

PAQ. Pero venga usté acá, hijo de mi alma. (Se aparta de la mesa para acercarse á él muy mimosa. El diálogo indica la acción.)

DEOG. ¡Ay! ¡cuidado!

PAQ. ¿Qué le ha pasado á usté?

DEOG. Nada, nada; que se había usté sentado sobre... y ¡claro! ahora se deben haber caído.

PAQ. Pero ¿qué es lo que se ha caído?

DEOG. Aquí están. (En el suelo.)

PAQ. ¡Ah! unos sellitos... ¿También usté hace colección?

DEOG. Desde pequeño. Los tengo rarísimos, no crea usté.

PAQ. Yo también entiendo un poco de esas cosas de... filatelia. ¿No se llama filatelia á eso?

DEOG. Creo que sí. Pero ¿es usté aficionada?

PAQ. Yo no; mi difunto se volvía loco con los álbums. En casa tengo unos cuantos de todos los países, porque cuando se marchó se le olvidó llevárselos.

DEOG. Naturalmente.

PAQ. Pues mire usted, es capaz de venir á verme sólo porque no me quede yo con ellos.

DEOG. Por lo visto cree usted en los aparecidos, ¿eh?

PAQ. ¿Yo? ¡Ay qué gracioso!

DEOG. Pues ¿no dice usté que es viuda?

PAQ. ¡Dios me libre! Le llamo mi difunto porque para mí como si se hubiera muerto. Yo, en cuanto un hombre me hace una trastada, le rezo una salve, y hasta otra.

DEOG. ¡Ah, vamos!

PAQ. Y mire usté, por mièdo de que vuelva y me arme una chillería es por lo que no me he desprendido de la colección, que dicen que vale una fortuna.

DEOG. No será tanto.

PAQ. ¿Que no? Hay un sello de certificado de Isabel II de 1863, tasado él solito en 4.000 pesetas Andan muy escasos.

DEOG. ¡Qué han de andar, si me han traído á mí tres el otro día!

PAQ. ¿De Isabel II?

DEOG. Y de certificado.

PAQ. ¡No será del 63!

DEOG. Del 63.

PAQ. Vamos, vecino, usté lo que quiere es darse tono.

DEOG. ¿Tono? Va usté á verlos ahora mismo. No los he pegado todavía.

PAQ. Pues mire usté, tendré mucho gusto.

DEOG. Están en un montón y me costará trabajo encontrarlos, pero vuelvo á escape.. (Y á todo esto no la he soltado el sermón. Pero lo primero es lo primero; á mí no me chafa esta ni ningún nacido... Después hablaremos con formalidad.) (Vase segunda izquierda.)

PAQ. Loco perdido. (Paseando por la habitación se acerca á la mesa y se fija en el pliego donde escribía Rafael.) Hombre, está bien. Esto es lo mío, de seguro. (Leyendo.) «No debiendo tolerar el mal ejemplo para sus hijas y esposas...»

ESCENA XI

PAQUITA.—LEANDRO.

LEAND. ¡Ah! usté perdone. Creí que estaría aquí don Deogracias solo.

PAQ. Pues ha salido usté ganando, porque la que está sola soy yo.

LEAND. Sí; efectivamente.

PAQ. Puede que el vecino tarde un rato en volver, porque anda por ahí buscando unos sellos.

LEAND. ¡Ah! unos... unos sellos.

PAQ. Sí, hombre, sí; unos sellos. De modo que retírese, retírese, no vaya usté á tener un disgusto.

LEAND. ¿Yo? ¿por qué?

PAQ. ¿No es usté el pollo que le habla á la niña de aquí?

LEAND. Sí; soy el pollo que...

PAQ. Pues figúrese usté la que le armará la novia si se entera de que está usté aquí conmigo en lugar de estar con su padre.

LEAND. Como eso no tiene nada de particular...

PAQ. ¿Que no? A ninguna mujer la hace gracia que su novio esté de palique con otra; aunque esa otra sea como yo: feílla y sin garbo.

LEAND. ¿Feílla? ¡Ay, no! No, señora, y usté dispense. No es usté feílla, ni muchísimo menos.

PAQ. Peor entonces si le parezco á usté guapa...

LEAND. ¡Claro! Tiene usté que parecerme... como á todo el mundo, muy guapa y muy graciosa. (¡Esta mujer le saca á uno los piropos con grúa!)

PAQ. ¡Ay, ay! Hijo de mi alma, retírese, retírese, que le está usté faltando á la niña.

LEAND. No creo que esto sea faltar.

PAQ. Será sobrar, si á usté le parece. Atrévase usté á decirla la verdad, ahora cuando la vea.

LEAND. Y ¿qué es la verdad?

PAQ. Que en vez de soltarme dos bufidos, como era de esperar, se entretiene usté en regalarme el oído con palabritas dulces.

LEAND. Como usté me preguntaba...

PAQ. Sí; pero me ha dado usté la contestación mirándome de un modo, que... ¡vamos! Gracias á que sé que está usté comprometido.

LEAND. (¿Y á esta señora la van á echar de casa? ¡Ni á tiros la echan! ¡Sabe ella poco!)

ESCENA XII

DICHOS.—DEOGRACIAS.

DEOG. Ahora se va usté á convencer, Paquita... (Viendo á Leandro.) ¡Doña! ¡Doña Paquita!

PAQ. Es lo que le estaba yo diciendo á este joven. Acabará por convencerme el vecino.

DEOG. ¡Ah! Pero... ¿habían ustedes hablado de?...

LEAND. Sí; de... de la situación en que esta señora se encuentra.

DEOG. Y que es falsa, violenta, insostenible...

LEAND. Absolutamente insostenible..

PAQ. Bueno pero ¿voy á ver, ó no voy á ver los sellos?

DEOG. ¿Qué sellos? ¡Déjeme usté á mí de sellitos ahora! De lo que se trata es de que prescinda usté del amor propio y haga usté lo que la he dicho antes.

LEAND. Que será, poco más ó menos, lo que yo la he dicho.

PAQ. Pero, ¿se puede saber qué es lo que me han dicho ustedes?

DEOG. ¡Cómo! ¿Ahora se hace de nuevas?

LEAND ¡Se hace de nuevas!

PAQ. ¡Ay! Ustedes dispensen; poro como una, á lo mejor, no entiende lo que oye... (A Leandro.) Si usté me hiciera el favor de repetir lo de feílla...

DEOG. ¡Cómo! ¿La ha llamado á usted feílla?

LEAND. Fea; la he llamado fea en un momento de arrebato. A veces, con la indignación, se ciega uno.

DEOG Sí que se necesita estar ciego para. . ¡Bueno! Señora, me parece que hemos hablado bastante.

LEAND. Eso es, bastante hemos hablado.

PAQ. ¡Por Dios! ¡Qué poco galantes son ustedes! ¡A mí, que se me ha hecho el tiempo tan corto y se me figura que no hemos hablado de nada todavía! ..

DEOG. ¿Cómo que no?

PAQ. Como que no. ¿En qué hemos quedado de la solicitud? ¿En qué hemos quedado de los sellos?

DEOG. ¿De los sellos? ¿De la solicitud? ¿Oye usted, Leandrito? ¿Pues no pregunta que en qué quedamos?

LEAND. Ya lo oigo, don Deogracias, y no salgo de mi asombro. (Nos está haciendo una pelota.)

PAQ. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Vaya, veo que se aturrullan ustedes y que no hay manera de seguir adelante. Otro día será, ¿no? Porque supongo que nos veremos otro día... Ya saben ustedes dónde tienen su casa.

DEOG. Y usté sabe también dónde... ¡Digo, no! No faltaba más.

PAQ. ¡Ah! mis recuerdos á la señora y á la niña. Díganlas ustedes que siento tanto marcharme sin saludarlas. . Y que si las molestó que las llamara espantapájaros y quieren que lo retire...

DEOG. No haría usté nada de más.

PAQ. Pero no puede ser, vecino; yo soy un poco ligerita de cascos, pero no miento nunca. Hasta cuando ustedes quieran... (Vase por la derecha.)

DEOG. Leandro, ya lo está usté viendo. Esta señora es un peligro

LEAND. El portero tenía razón. No va á firmar nadie.

ESCENA XIII

DEOGRACIAS.—LEANDRO.—GREGORIA.—EULALIA.—RAFAEL.

GREG. ¿Se fué?

DEOG. Ahora mismo.

EUL. No hemos oído mucho alboroto. ¿Se convenció en seguida?

DEOG. Como convencerse... te diré; está un poquillo dura de pelar.

LEAND. Sí, sí; muy dura y muy...

EUL. ¿Tú la has visto?

LEAND. Un momento. Entré cuando creí que ya se había ido, y...

EUL. ¿Y qué?

LEAND. Que resultó que estaba aquí todavía.

EUL. ¿Y qué la has dicho?

LEAND. Mujer, nada; yo ¿qué la iba á decir? No he hecho más que apoyar á tu papá, que por cierto ha estado un poco fuerte.

GREG. ¡Ah! ¿Sí? Me alegro. La verdad, tenía yo miedo de que te envolviera, porque como esas son tan lagartas... (Eulalia vuelve á su labor. Rafael á sus apuntes.)

LEAND. Pues si la hubiera usté oído...

DEOG. Hombre, la verdad es que yo... (Este se chunguea.)

LEAND. No, no, don Deogracias; usté no habrá querido llegar á tanto, porque es usté muy correcto, pero en algunas frases se ha pasado usté de la raya.

DEOG. (Nada, que se chunguea.) Pues anda que usted... ha dicho poco, pero en lo poco que

ha dicho... (Para que veas que no me la das, por si acaso.)

RAF. ¿Me sigues dictando el memorial ó no?

DEOG. Espera un momento. (A Gregoria.) Figúrate que en cuanto entró la dije... (Siguen en voz baja.)

RAF. (Volveré á mis apuntes. Esto va para largo.)

LEAND. (Acercándose á Eulalia y sentándose á su lado.) ¿Qué hilos eran los que se habían revuelto?

EUL. Ninguno; déjate de hilos. Estoy muy disgustada.

LEAND. ¿Por qué?

EUL. Porque me parece que no dices la verdad... Milagro será que no hayas estado amable con la del entresuelo.

LEAND. ¿Yo? ¡Eulalita, por Dios! Yo no puedo estar amable con nadie más que contigo, porque eres la que tengo en el corazón siempre.

EUL. (Asombrada del arranque.) ¿De veras?

LEAND. En el corazón y en el pensamiento, y aunque estuviera encerrado toda la vida con todas las mujeres del mundo...

EUL. Por si acaso, más vale que no te encierren con ninguna. (Siguen en voz baja.)

DEOG. Mira, Gregoria, mira qué animados están aquéllos

GREG. Ya, ya: Leandrito no ha hablado con tanto calor nunca.

DEOG. Desde que ha venido esa doña Paquita del demontre, parece otro.

GREG. Voy allá. por si acaso. (Torna á ocupar un sitio junto al costurero. Deogracias se sienta también junto á la mesa, frente á Rafael Aparece Benito en la derecha.)

ESCENA XIV

DICHOS.—BENITO.

BEN. Con permiso de ustedes.

DEOG. ¡Hola, señor Benito! ¿Qué hay?

BEN. Pues... como me dijo usté que volviese dentro de media hora...

DEOG. ¡Ah, sí! es verdad, Pues... el caso es que no he concluído todavía.

GREG. Que vuelva luego.

DEOG. Eso es; luego. Y si no, mañana... Mañana por la tarde.

BEN. Cuando usté quiera.

DEOG. Digo, mañana es martes, ¿no? Es mejor pasado... Sí, pasado mañana... ¡por la noche!

BEN. Bueno, bueno. (Me paice que no subo.) ¡Hasta otro ratito!

DEOG. Vaya usté con Dios. (Vase Benito.)

RAF. ¿Ya puedes dictarme?

DEOG. Sí; venga, hijo, venga. (Rechazando las cuartillas que el otro le ofrece) No; esto ahora no. Tus apuntes, que dices que te corren mucha prisa. (Cambio de papeles.) ¿Dónde llegas?

RAF. (Señalando un punto en una de las cuartillas.) Aquí.

DEOG. Pues anda, sigue. (Dictando.) «Según el Derecho romano antiguo.» (Rafael escribe; Deogracias continúa aparte.) ¡Esto da gusto! ¡Como si no hubiera pasado nada! Todos tranquilos, todos trabajando... ¡La paz, la corrección, el orden!... (Empieza á bajar el telón.)

RAF Antiguo.

DEOG. (Sigue dictando.) «La mujer estaba sometida á tutela perpetua... exceptuando solamente á las vírgenes vestales...»

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Comedor casi elegante. Puerta en el foro, que da á un pasillo, y otra en la lateral izquierda. Balcón á la derecha.

ESCENA PRIMERA

PAQUITA, acabando de almorzar.—VICTORIA, asomada al balcón.—BENITO, de pie.

PAQ. Victoria, el postre. (Victoria se retira del balcón y se acerca al chinero.)

VICT. ¿Queso y fruta?

PAQ. No; queso nada más. (Victoria lo sirve.) Y de centinela otra vez, que no puede tardar mucho.

VICT. ¿Va á tomar algún licor la señorita?

PAQ. Ahora no; después del café. (Victoria se vuelve al balcón. Paquita se dirige á Benito.) Conque... ¿eso ha dicho el señor administrador?

BEN. Sí, señora; eso es lo que ha dicho. Que como el pasamanos lo rompieron los mozos que trajeron el piano de la señora, el dueño de la casa no tiene nada que ver con el desperfezto.

PAQ. Yo tampoco tengo nada que ver con los mozos.

BEN. Yo creo que si fuera á verle la señora la tenía que hacer más caso que á mí, porque... vamos, es lo que pasa... Y como la señora tiene ese ángel...

PAQ. Muchísimas gracias, pero ¡qué más quisiera él! Ya veremos lo que hace cuando se quejen los vecinos.

BEN. Ya se quejan, pero á mí solo.

PAQ. Es que van á ir con el cuento del pasamanos al casero mismo, si hace falta. Mire usted, aquí está una cartita con la petición en regla escrita por mi propia mano. Va usté á hacerme el favor de ir cuarto por cuarto suplicando á todos de mi parte que pongan una firma.

BEN. ¡Je, je! El segundo golpe.

PAQ. No; el primero, porque el que se les ocurrió á las cursis del segundo se quedó en borrador, á Dios gracias. Verá usté cómo éste no se queda.

BEN. ¡Qué se ha de quedar! como que la señora...

PAQ. Sí; tengo ángel. Repito las gracias y ahí va la carta.

VICT. (Retirándose del balcón.) Señorita, ¡ahí está! Ahora mismo ha doblado la esquina.

PAQ. Pues, ya sabes, espérale en el descansillo y dile que haga el favor de entrar un momento. De paso acompaña al señor Benito.

BEN. ¿Manda usté algo más?

PAQ. Nada. Vuelva usté por aquí cuando haya despachado.

BEN Está bien. El primero el coronel; ese firma á escape. Y los otros irán detrás del coronel, como es natural. Servidor de la señora. (Vanse Victoria y Benito. Paquita suspende la comida, abre un bolso que está sobre una silla, saca una polvera y un espejito de bolsillo y se da rápidamente una manita de polvos. En seguida torna á la mesa y la emprende de nuevo con el queso.)

ESCENA II

PAQUITA.—LEANDRO.—VICTORIA.

VICT. ¡Pase usted; aquí está la señorita!
PAQ. ¡Adelante, adelante!
LEAND. Buenas tardes. ¿Cómo está usté?
PAQ. Bien, ¿y usté?
LEAND. Bien, gracias. ¿Cómo ha descansado usté?
PAQ. Medianamente, hijo.
LEAND. ¿De veras? ¡Ay! ¡cuánto lo siento!
PAQ. ¿Cómo quiere usté que duerma tranquila una pobre mujer que sabe que se está tramando una conspiración contra ella?
LEAND. ¿Una conspiración? ¿Dónde?
PAQ. No quiera usté hacerme creer que no sabe nada Pero siéntese usted, y permítame que acabe de almorzar Estoy en el postre.
LEAND. Si molesto...
PAQ. No, hombre; si molestara usted no le habría llamado.
LEAND. Tiene usté razón; he dicho una tontería. (Sentándose.) Con permiso.
PAQ. Y ahora, vamos á ver: ¿para qué se figura usté que le he hecho cazar en el descansillo como á una mariposa?
LEAND. Gracias por la comparación La verdad, no caigo.
PAQ. Pues porque... vamos, porque ayer me fué usté muy simpático y me pareció muy buena persona.
LEAND. Los buenos ojos con que usté me mira.
PAQ. ¡Ay, ay! Si empieza usté con chicoleos no sigo.
LEAND. ¿Chicoleos?
PAQ. ¡Vaya! Casi no hemos empezado á hablar y ya me ha soltado usté que tengo buenos ojos.
LEAND. Sí, claro... como que los tiene usted. (Nada, que no hay más remedio que piropear á esta señora.)
PAQ. Bueno, pues... como no hubo manera de con-

cretar nada con su futuro suegro por lo que usté sabe, y á mí me interesa, como es natural, saber si ha seguido adelante mi expediente...

LEAND. ¿Qué expediente?

PAQ. El del casero; el del desahucio, como quien dice.

LEAND. ¡Ah, ya!

PAQ Me dije: pues voy á tomarme la libertad de preguntárselo á aquel joven tan agradable que me miraba de aquella manera.

LEAND. ¿Yo?

PAQ. Porque ahora que estamos solos—ésta es de mi absoluta confianza, ¿sabe usté?—supongo que no tendrá usté inconveniente en confesar lo de las miraditas

LEAND. No, señora, no lo tengo. (¿Qué remedio me queda?)

PAQ. (A Victoria.) Quita esto.

VICT. ¿Café?

PAQ. Sí; dispón dos tazas, porque lo tomará conmigo este caballero.

LEAND. No, por Dios, de ninguna manera.

PAQ. ¡Cómo! ¿Le hace á usté daño?

LEAND. Daño no; pero..

PAQ. Pues no lo deje usté por cortedad. Dos tazas, Victoria; y antes dame ese bolso. (El que está sobre una silla.)

LEAND. (¡Me enreda! Si me viera Eulalia tomando café la daba un ataque de nervios) (Paquita abre el bolso y saca de él una cajetilla de cigarros. Entretanto Victoria coloca el servicio de café.)

PAQ. ¿Usté fumará, supongo?

LEAND. Sí, señora.

PAQ. (Ofreciéndole un cigarrillo.) No sé si le gustará, porque es egipcio y los hombres dicen que no sabe á nada.

LEAND. (Tomándolo.) ¿Egipcio? ¡Ah! ¿es egipcio? (Pero ¡cómo me enreda!)

PAQ. Demasiado suave. ¿Tiene usté fósforos?

LEAND. Un encendedor, que es lo mismo (Se lo entrega. Timbre dentro. Victoria, que acaba de colocar las dos tazas, vase por el fondo.)

PAQ. ¡Gracias! (Prende la mecha y ofrece lumbre á Leandro sin soltar el aparato.) Encienda usté.

LEAND. Señora, ¡por Dios! no faltaba más.

PAQ. En esto del cigarro los caballeros delante. Encienda usté.

LEAND. Si usté se empeña... (Enciende.) (Esto ya es el colmo de la orgía.)

PAQ. (Examinando el aparato después de encender.) ¡Y qué bonito y qué elegante! De plata, ¿no?

LEAND. Sí, señora; eso dicen. Es un regalo.

PAQ. ¡Ah! no me había fijado. Tiene una E. La novia.

LEAND. Sí, justo. E. Eulalia.

PAQ. Pues no la diga usté que me ha servido para encender el pitillo, porque entonces... ¿eh? (Lo deja sobre la mesa.)

LEAND. Descuide usté, no la diré nada. (Ya tenemos un secretillo. Bien decía Rafael: soy un calavera deshecho.) (Aparece Victoria en la puerta del foro.)

VICT. ¡Señorita!

PAQ. ¿Qué hay?

VICT. ¿Me hace usté el favor un momento?

PAQ. (A Leandro.) Con permiso. (Acercándose á Victoria y hablando aparte con ella.) ¿Qué pasa?

VICT. Ahí, en el recibimiento, está una joven.

PAQ. ¿Qué quiere?

VICT. No ha querido decírmelo; se empeña en hablar con usté.

PAQ. ¿Tú no la conoces?

VICT. Me parece que sí. Es la novia de este pollo.

PAQ. ¡Jesús! Voy allá. (Alto á Leandro.) Dispénseme usté un instante. Vuelvo en seguida.

LEAND. Estoy á su disposición.

PAQ. (Rápidamente á Victoria, al marcharse por la puerta del foro.) Haz que éste se vaya al gabinete, por si acaso. (Vase.)

LEAND. (¡Claro! ya empezaron los tapujos. Era de esperar que en la casita hubiera misterios.)

ESCENA III

LEANDRO.—VICTORIA.

VICT. ¿Quiere usté que le traiga el café mientras vuelve la señorita?
LEAND. De ningún modo
VICT. Es que si tarda se va usted á aburrir mucho.
LEAND. Pero la visita ¿es de... confianza?
VICT. Como de confianza... no es de mucha confianza, que digamos.
LEAND. ¡Ya! entendido.
VICT. ¿Entendido? (Ya estás tú fresco. Si lo entendieras te morías.)
LEAND. De todos modos, la esperaré.
VICT. Si usté quiere distraerse entretanto, aquí en el gabinete (Señalando la puerta de la izquierda) tiene la señorita los álbums de sellos
LEAND. ¡Dios me libre!
VICT. ¡Ah! ¿no le gustan á usté?
LEAND. Estoy de sel os hasta la coronilla.
VICT. Pues tiene también otros muchos de postales.
LEAND. ¡Hola! ¿Postales también?
VICT. Y muy bonitas y muy raras. ¡Si viera usté qué preciosidades!
LEAND. (¡Vaya; ésta quiere echarme de aquí!)
VICT. (Junto á la puerta.) Mire usté, allí á la derecha; sobre una mesita.
LEAND. (Más claro...) Bien, bien; pues iré á ver las postales. Claro que usté vendrá á enseñármelas.
VICT. ¡Cá! no, señor. Yo tengo que preparar el café.
LEAND. Es que... si usté viniera... me parece que me iban á gustar mucho todas.
VICT. ¡Señorito, por Dios!
LEAND. (Nada, que estoy perdido, que no me conozco.) ¿Dice usté que á la derecha?
VICT. Sí, señor; á la derecha.
LEAND. (Esto es una encerrona. ¡Y Eulalita esperán-

dome junto á los bolillos!) (Vase por la izquierda.)

VICT. ¡Vaya con el joven! No hay nada peor que estas mosquitas muertas. (Viendo á Paquita desde la puerta del foro.) ¡Ay! aquí vienen.

PAQ. (Aparte á ella al entrar.) ¿En el gabinete?

VICT. Si, señora. (Aparece en el umbral Eulalia. En cuanto entra en la habitación Victoria vase por el foro.)

ESCENA IV

PAQUITA.—EULALIA.

PAQ. Pase usté y lo veremos. Este es el único balcón que da á la calle. ¿Dice usted que es una hebilla de zapato?

EUL. No, señora; de cinturón. Del cinturón de Rafaelito. Lo estaba cosiendo cuando se me escapó de entre las manos y .. se me figura que ha caído ahí (Huele á tabaco.)

PAQ. Véalo usté misma, si quiere.

EUL. ¡Ay, no! No, señora; me basta con que usté lo vea.

PAQ. Se entera una pronto. (Por supuesto que ni á ti se te ha caído nada, ni ese es el camino.) (Vase al balcón y lo examina detenidamente. Entre tanto Eulalia registra con la mirada toda la habitación buscando algún indicio y se acerca á la mesa central.)

EUL. Servicio de café para dos... ¿Qué es esto? ¡Mi encendedor! ¡Ah, infame! (Se lo guarda rápidamente. Alto á Paquita) ¿No parece?

PAQ. No encuentro nada.

EUL. El está aquí; se ha escondido en alguna parte. (Alto.) No se moleste usté más, señora; lo probable es que se haya quedado en el principal .. Y dispense usté que haya venido á interrumpirla.

PAQ. No me ha interrumpido usté nada.

EUL. Sí, puesto que iba usté á tomar café... por lo visto.

PAQ. ¡Ah, eso sí!

EUL. Y dos tazas.

PAQ. No; yo no tomo más que una Pero es que cuando usté ha venido no estaba sola.

EUL. ¡Ah! ¿No?

PAQ. Ya lo ha visto usté. Estaba con la muchacha.

EUL. ¿Y usté toma café con la doncella? ¡Qué raro!

PAQ. ¿Qué quiere usté? Extravagancias que tiene una.

EUL. Sí, claro También la doncella debe de ser muy rara.

PAQ. ¿Por qué?

EUL. Porque por el aroma que hay en la habitación me parece que fuma.

PAQ. No, hija; la que ha fumado en esta habitación no ha sido ella.

EUL. ¿No?

PAQ. He sido yo. Tengo esa mala costumbre. (Abriendo el bolso y enseñando la cajetilla.) Vea usted. Son muy buenos, pero dan un olor tan penetrante que me llena el cuarto. ¡Como es tan chiquito.. !

EUL. Pero creo que es muy mono.

PAQ. No está mal. Tiene la misma distribución que el de ustedes. ¿Quiere usté verlo?

EUL. Con mucho gusto.

PAQ Pues baje usté mañana á estas horas. Hoy no puede ser, porque estamos de limpieza y anda todo revuelto.

EUL. ¡Qué se le ha de hacer! (Es lista como un diablo.)

PAQ. Pero, ¿no quiere usté sentarse?

EUL. ¡Ay, no! Muchas gracias Mi mamá no sabe que he salido. Y como ya sé lo que quería saber...

PAQ. Pues no la detengo. Y, á propósito, diga usté á su mamá que me debe una visita.

EUL ¿Sí?

PAQ. Estuve ayer á dar á ustedes explicaciones por el disgustillo del patio...

EUL. ¿Quién se acuerda de aquéllo?

PAQ. Justo. ¿Quién se acuerda?. . (Hasta que se repita.) ¡Victoria! (Aparece Victoria.) ¡Abre la puerta á esta joven! (Despedida con inclinación

de cabeza.) Y trae el café luego. (Vase Eulalia.) (Viéndola marchar, desde la puerta.) En seguida me iba á registrar á mí la casa esta ave fría. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.) Salga usté cuando quiera, pollo, que el café está á punto.

ESCENA V

PAQUITA.—LEANDRO.—VICTORIA, que entra y sale.

LEAND. ¿Se fué la visita?

PAQ. Sí, señor, se fué.

LEAND. Sentiré mucho que por mi causa la haya usté despedido antes de tiempo, si era de su agrado.

PAQ. Más hubiera sido del agrado de usté que del mío.

LEAND. ¿Usté cree?..

PAQ. Sí; porque quien ha venido á verme ha sido una chica muy mona.

LEAND. Para mí las chicas monas, estando usté delante... (¡Adiós! Ya me salen los piropos sin que me los pidan.)

PAQ. Muchas gracias; pero eso no hubiera usté sido capaz de decírmelo delante de ella.

LEAND. ¿De ella? ¿De veras era *ella*?

PAQ. ¡Jesús! ¡Qué mal pensado!

LEAND. La verdad, me da el corazón que esa chica tan mona... tenía bigote.

PAQ. ¡No lo quiera Dios, hijo, que iba usté á ser muy desgraciado!

LEAND. ¿Yo? ¿por qué? (Sale Victoria con la cafetera.)

PAQ. Nada, nada. Aquí está el café. Vamos á tomarlo deprisita, porque usté está corriendo peligro.

LEAND. (¡Caracoles!) ¿De qué? (Durante el diálogo siguiente se sientan; se sirven el café, el azúcar, etcétera, etc. Leandro queda en el centro de la mesa, frente al público. Paquita á su izquierda. Victoria se marcha.)

PAQ. De terminar sus relaciones con la niña del segundo. Milagro será que, por llegar con

tanto retraso, no le ponga á usté de patitas en la calle.

LEAND. No, señora; porque mientras he estado solo, he pensado una cosa.

PAQ. ¿Cuál?

LEAND. No subir esta tarde.

PAQ. ¿Sí? ¡Qué monada! ¿Y se la va usted á pasar conmigo?

LEAND. No, eso no, señora; porque molestaría. Pero en cuanto salga de aquí me voy á mi casa, y desde allí mando un recado diciendo que me he puesto un poco malo en la oficina.

PAQ. ¡Mirá qué gracioso! No le quisiera yo á usté para marido.

LEAND. ¿Por qué?

PAQ. Porque se le ocurren á usté diabluras para engañar á los pobrecitas mujeres.

LEAND. Le advierto á usté que no se me habían ocurrido hasta ahora. Estoy desconocido.

PAQ. Pues esta vez se expone usté á que no le crean; porque á lo mejor le han visto entrar en la casa.

LEAND. No es probable.

PAQ. Póngase usté en lo peor, por si acaso.

LEAND. No me asuste usté, que, en último resultado, usté tiene la culpa.

PAQ. Yo no; usted, que ha acostumbrado á la novia á verle á una hora fija. El orden y el método tienen sus inconvenientes hijo de mi alma.

LEAND. No me llame usté hijo de su alma, porque me atraganto.

PAQ. Pues tranquilícese usté, que es una costumbre.

LEAND. ¡Je, je!

PAQ. ¡Je, je!

LEAND. Y á todo esto no me ha dicho usté para qué me llamaba.

PAQ. Sí, hijo; está usté trastornado. Se lo he dicho antes.

LEAND. No recuerdo.

PAQ. Para preguntarle si sabía usté en qué había quedado lo de la solicitud que preparaban ustedes allá arriba.

LEAND. No; yo no.

PAQ. Ya lo sé; usté no es vecino. Pero como debe usté estar enterado...

LEAND. Pues nada, no he vuelto á oir nada. Creo que no habrá seguido adelante porque como era una injusticia...

PAQ. ¡Y tan grande!

LEAND. Es lo que yo me decía antes de conocerla: Pero, señor, ¿á qué vendrá este afán de molestar á una mujer joven y guapa?

PAQ. Y antes de conocerme, ¿cómo sabía usté que yo era guapa y joven?

LEAND. Corazonadas que hay. Y vea usté lo que son las casualidades; ahora que la veo á usté de cerca resulta que...

PAQ ¿Qué resulta de cerca?

LEAND. Que, efectivamente, tiene usté una simpatía y un no sé qué, y un...

PAQ. Siga, siga con el café y no se meta en puntos suspensivos.

LEAND. (Me chafa siempre.) Pues. . claro que todos en la casa opinarían lo mismo que yo; pero este don Deogracias es tan rígido...

PAQ. Muy rígido, ¿eh?

LEAND. Sí, señora; tiene unas ideas muy rancias. Ya ve usté que esta visita mía no puede ser más inocente.

PAQ. Hombre, como poder ser... Desde que entró usté no ha hecho más que mirarme con ojos mortecinos.

LEAND. ¿Sí? (¿Cómo miraré yo á esta señora sin enterarme?)

PAQ. Pero vamos á suponer que todo es inocencia. Siga usté.

LEAND. Bueno, pues no me importaría mucho que lo supiera Eulalia, porque acabaría por convencerla tarde ó temprano; lo que me asustaría sería que se enterara el padre... (Aparecen en la puerta del foro Victoria y Deogracias. Como Leandro está sentado frente al público, el recién llegado le ve de espaldas hasta que se adelanta en el momento oportuno.)

ESCENA VI

DICHOS.—DEOGRACIAS.

VICT. Sí, señor; aquí está.
DEOG. ¿Da usté su permiso?
LEAND. (¡María Santísima! ¡Don Deogracias!)
PAQ. ¿Usté por aquí, vecino?
DEOG. Usté perdone. Veo que tiene usté visita.
PAQ. No importa, pase usted Es de confianza.
LEAND. (De mucha confianza Más valía que no fuéramos conocidos siquiera)
DEOG. Como usté tuvo ayer la amabilidad de ofrecerme su casa, me he tomado la libertad de venir sin previo aviso á darla una sorpresa.
PAQ. ¿Sí? Pues yo le voy á corresponder dándole otra.
DEOG. ¿De verdad? (Avanza al primer término.) ¡Caray! ¡Leandrito!
PAQ. ¿No se lo dije á usté? Ahí está mi sorpresa.
DEOG. ¿Cómo es esto? ¿Usté por aquí?
LEAND. Pasaba por ahí... por el descansillo.
DEOG. Como yo... También yo pasaba por el descansillo...
LEAND. Y me llamó la doncella de esta señora.
DEOG. Como á mí. Digo, á mí no me llamó la doncella. Es que... al salir de casa se me ocurrió de pronto que doña Paquita se marchó ayer sin ver los sellos de Isabel II.
LEAND. Y claro... No tiene usté que decirme nada.
DEOG. Tampoco usté tiene que decirme nada.. Por lo visto, estaban ustedes tomando café
LEAND. Se empeñó esta señora...
DEOG. ¡Ya, ya! ¡Y allá arriba esperándole todos hace un rato!
PAQ. Ha sido por mi causa. Luego subiré yo con él á disculparle.
LEAND. ¡No! No es necesario.
DEOG. Yo le disculparé si es preciso.
LEAND Justo; don Deogracias dirá cómo nos hemos encontrado aquí, y por qué nos hemos encontrado.

DEOG. Eso es, yo diré cómo nos hemos .. (El yernecito es de dura.)

PAQ. Pero sentémonos, señores. Victoria, acerca uno de esos sillones para este caballero.

DEOG. Que no se moleste. Tomaré una silla.

PAQ. ¡No faltaba más! Las personas de respeto. . son las personas de respeto.

DEOG. (¿A que la va á dar á ésta por respetarme demasiado?) (Se sientan. Deogracias á la izquierda del espectador, Leandro de frente y Paquita á la derecha.)

PAQ. Y prepara otra taza de café

DEOG. No; eso sí que no. No lo tomo nunca. Ya lo sabe Leandrito.

LEAND. Nunca; no lo toma nunca.

PAQ. Pues una copita de coñac entonces. Trae tres copas.

DEOG. Por no desairarla. (Victoria saca del aparador la botella y las tres copas.)

LEAND. Esta nos hace bailar á los dos encima de la mesa.

PAQ. Miren ustedes por dónde bendigo yo ahora aquella afición á los sellos con que tanto me fastidió mi difunto.

DEOG. ¿Por qué?

PAQ. Porque sin ella no tendría el gusto de obsequiar á ustedes y de que ustedes me trataran... (A Victoria.) Yo serviré. Deja aquí la botella.

VICT. ¿Quiere algo más la señorita?

PAQ. Nada; puedes retirarte.

LEAND. (Se queda con la botella. ¡Cuando yo digo que bailamos!)

DEOG. El gusto es nuestro, Paquita; por lo menos mío.

LEAND Y mío, y mío.

PAQ. ¡Lo que influyen en la vida las cosas pequeñas!

DEOG. ¡Ya, ya! ¡Lo que influyen!

PAQ. Si no hubiéramos tenido aquella disputilla por los certificados, á estas horas el administrador habría recibido la carta de usted y yo andaría buscando casa.

DEOG. Y yo tendría calentura de remordimiento.

PAQ. Lo creo. Porque semejante ligereza en un señor tan formal, tan... vamos...

DEOG. (¡Que la tomó con la formalidad, ea!)

LEAND. ¿Que si es formal? No sabe usté lo formal que es don Deogracias.

DEOG. (Y el niño tampoco suelta el tema.) ¿Qué quiere usté que la diga? ¡Es tan general el defecto de juzgar por las apariencias!

PAQ. ¡Claro! y luego cuando se trata á la gente. .

LEAND. No hay nada mejor que tratar á la gente. Justamente hoy me ha pasado á mí una cosa en la oficina...

DEOG Mire usté, Leandrito, aquí expedientes no.

PAQ. Tiene razón don Deogracias. ¿Para qué va usté á buscar ejemplos fuera teniendo uno delante?

DEOG. Y que me parece que es un ejemplito.

PAQ. ¡Por Dios, vecino, que lo dice usté en un tono que voy á tener que ruborizarme!

LEAND. Mejor; parecería usté una manzanita madura.

DEOG. Este ha dado en el clavo. Una manzanita madura.

LEAND Con unos labios como fresas.

DEOG. Y unos dientecitos como piñones.

PAQ. ¡Vaya por Dios! les ha dado á ustedes por los comestibles.

DEOG. ¡Je, je! es verdad. Esta doña Paquita tiene mucha gracia, ¿eh, Leandro?

LEAND. ¡Es mucha doña Paquita ésta!

DEOG. Como que acaba uno de conocerla y parece que ha estado tratándola toda la vida.

PAQ. ¡Ustedes que son muy amables!

LEAND. Y que, á su lado, parece que cambia uno poquito á poco de carácter, y se siente uno más expansivo, y más...

DEOG. Eso, y más... (¡Vaya con la criatura! ¡Y yo que la decia á mi hija que era un soso!)

(Vuelve á salir Victoria. Esta vez trae en la mano un *bouquet* de flores bastante grande.)

VICT. Señorita.

PAQ. ¡Qué quieres?

VICT. Acaban de traer este ramo.
PAQ. ¿Para mi?
VICT. Eso dicen, que es para la señorita.
LEAND. (¿Eh? ¿un ramo?)
DEOG. ¡Hola, hola! Tenemos quien nos mande flores.
PAQ. Pues eso es lo que me choca. (A Victoria.) ¿Quién lo ha traído?
VICT. Un chico de una agencia.
PAQ ¿De parte de quién?
VICT. Dice que no lo sabe.
DEOG. Eso es más grave. ¡Florecillas misteriosas!
PAQ. Pero ¿no hay además carta ni tarjeta?
VICT. Nada; no hay más que el ramo.
DEOG. (¡Hombre, qué chocante! ¡Mi propio sistema!)
PAQ. Bueno, pues déjalo aquí. Luego las pondremos en agua. Y dale veinte céntimos al chico. (Victoria coloca el ramo sobre la mesa y vase.)
DEOG. Si quisiera usted admitir un consejo, hijo de la experiencia...
PAQ. Venga; en el tomar no hay engaño.
DEOG. Pues... yo no admitiría el regalito sin saber de quién viene.
PAQ. En este caso la experiencia de usté no sirve para nada, porque no ha sido usté mujer nunca.
DEOG. Sin embargo ..
PAQ. Mire usté, vecino: usté para mí es y será siempre una persona respetable
DEOG. (¡Y dale, molino!)
PAQ. Pero de estas cosas sé yo más que usté.
LEAND. Y más que yo.
PAQ. Naturalmente. Y esta clase de obsequios no comprometen á nada.
DEOG. Por supuesto, que ya sé á quién se le ha ocurrido.
LEAND. Yo también tengo sospechas, mire usté.
PAQ. ¿A quién?
DEOG. Al coronel del principal. Lo manda así para que no se entere su señora.
PAQ. Pero el caso es que no me entero yo tampoco... En fin, ya saldrá lo que sea; no creo

que á ustedes les importe mucho Vaya otra copita.

DEOG. Eso sí que no. Me haría daño seguramente

LEAND. Y á mí; yo tampoco tengo costumbre.

PAQ. Pues entonces, vamos á lo importante.

LEAND Sí; vamos, vamos

DEOG. ¿Qué es lo importante?

PAQ. Los sellos. ¿No ha venido usté á demostrarme no sé qué?

DEOG. ¡Déjeme usté de sellitos ahora!

PAQ. Hombre, lo mismo me dijo usté ayer en su casa.

DEOG. Pero por otra razón.

PAQ. Porque mi visita tenía otro objeto. Pero aquí no ha venido usté á otra cosa; digo, me parece.

DEOG. ¡Sí! claro... á eso he venido.

PAQ. Pues no tiene usté más remedio que probarlo, so pena de que... vamos, de que yo me figure que no es usté tan formal como dicen.

LEAND. (Corta un pelo en el aire.)

PAQ. Si no se molestan ustedes porque les deje solos un momento, voy á traer mi álbum.

DEOG. ¿Qué prisa corre? Ya lo veremos otro día.

PAQ. ¿Otro día? Pero ¿usté cree que yo tengo muchas horas de más para dedicarlos á la filatelia? Vuelvo en seguida. (Intenta levantarse. Deogracias, que está sentado frente á ella, se levanta también y alarga el brazo por encima de la mesa con intención de sujetarla. De pronto se detiene, como si un obstáculo se lo impidiera.)

DEOG. Déjelo usté, caramba... ¡Ay!

PAQ. ¿Qué ha sido eso?

DEOG. Que ha sonado por aquí no sé qué.

PAQ. ¡Ay! es verdad que me olvidé de advertirle que en ese brazo había un clavito de punta

DEOG. Y tan de punta. (Todos se levantan. Entonces se entera el público de que Deogracias tiene en el lado izquierdo de la americana un *siete* regular.) ¡María Santísima!

LEAND. ¡Sí que la hemos hecho buena!

PAQ. ¡Cuánto lo siento! Ahora va usté á sacar de la visita una impresión desagradable.

DEOG. Lo malo es que... ¿cómo me presento yo así en casa?

LEAND. No tiene usté más remedio que irse á que lo zurzan

PAQ. Yo tengo mucha habilidad. Era la primera en el colegio.

DEOG Pero se conocerá de todas maneras.

PAQ. Casi nada. Por si acaso, dice usté que en la calle se ha rozado con un transeunte.

LEAND. Con un transeunte que llevaba pinchos.

PAQ. Y ha tenido usté que ir á casa del sastre. ¿Quiere usté que probemos?

DEOG. Con mucho gusto. Puesta, ¿verdad?

PAQ. ¡Cá, hijo! Puesta es imposible.

DEOG Pero me voy á quedar...

PAQ. Y eso ¿qué importa? Está usté en su casa; en otro piso, pero en su casa.

DEOG. Bueno, bueno; puesto que usté lo manda... Usté me perdonará la libertad. (Se quita la americana y se la entrega.)

PAQ. Verá usté; es cuestión de cinco minutos. (Vase foro.)

ESCENA VII

DEOGRACIAS.—LEANDRO.

LEAND Don Deogracias, ¿á usté le ha hecho efecto el coñac?

DEOG. A mí no.

LEAND. Ni á mí tampoco.. Por eso veo claro, ahora que nos hemos quedado solos, que estamos un poco en ridículo.

DEOG. ¿Por qué? Nuestra situación no tiene nada de particular.

LEAND. ¿Que no? Pues yo no me atrevería á contarlo en la oficina.

DEOG. ¡Y dale! ¡No se acuerde usté de la oficina, hombre!

LEAND. Sí que me acuerdo. Y usté también debe acordarse de que ayer á estas horas estaba redactando la carta para el administrador.

DEOG. ¿Qué quiere usté decir con eso?

LEAND. Que ahora no se atrevería usté á dictar á Rafaelito aquello de: «Y no debiendo tolerar el mal ejemplo para sus hijas y esposas. .»

DEOG. Eso es gana de exagerar, Leandrito. Y la prueba es que está usté aquí también.

LEAND. Pero no estoy en mangas de camisa.

DEOG. Por un milagro.

LEAND. Y además, he venido porque me llamó la doncella.

DEOG. Y yo porque tenía que aclarar aquello de los certificados de Isabel II.

LEAND. Bien, bien; el caso es que yo, por lo menos, debo marcharme. Daré arriba una disculpa cualquiera de mi tardanza y...

DEOG. Pero ¿sin despedirse?

LEAND. Ya me hará usté el favor. . Comprendo que si vuelve doña Paquita y empieza á darme conversación no me marcho nunca.

DEOG. ¿Y me voy á quedar yo solo?

LEAND. De todos modos, teníamos que separarnos á la salida. Y no tenga usté cuidado, que no le pasará nada.

DEOG. Hombre, lo supongo.

LEAND. Todo lo más que puede ocurrir es que venga la muchacha y le diga á usté que pase ahí, al gabinete.

DEOG. ¿A santo de qué?

LEAND A santo de que vea usté unas postales que hay en la mesita de la derecha.

DEOG. No le entiendo á usté, Leandrito.

LEAND. ¿No comprende usté que ésta no es una casa como la suya? Aquí, á lo mejor, hay una visita de cumplido.

DEOG. ¡Ya, ya!

LEAND. Conque usté me despedirá de doña Paquita, ¿eh? Hasta luego. (Vase.)

ESCENA VIII

DEOGRACIAS.—En seguida VICTORIA.

DEOG. Casi tiene razón. ¡Si yo tuviera puesta la americana! Pero ¿quién salía á la calle con aquel siete? Claro está que lo mejor hubiera sido arreglarme con un alfiler, sobre que lo han de conocer en casa... A veces pierde uno la cabeza.

VICT. (Saludando.) Se marchó el joven, por lo visto.

DEOG. Por lo visto, sí.

VICT. Se acordaba de pronto de alguna cosa que tenía que hacer, ¿no?

DEOG. Sí; eso ha sido. Y me ha puesto en un compromiso muy grande.

VICT. ¿Compromiso? ¿Por qué?

DEOG. Pues... porque me ha dejado solo con una mujer, digo, con dos.. con dos mujeres guapas.

VICT. ¡Toma! ¿y qué más da? A la edad de usté eso ya no es para escandalizar á nadie.

DEOG. Claro, á mi edad... (También la criadita toca la misma tecla.) (Suena un timbre dentro.)

VICT. ¿Sabe usté que como lo del zurcido es cosa larga se va usté á aburrir mucho?

DEOG. No, ¡cá! No tengas cuidado.

VICT. De todas maneras estará usté más entretenido ahí, en el gabinete.

DEOG. (Ya pareció el gabinete.)

VICT. Tiene la señorita unos álbums de postales...

DEOG. Ya; en la mesita de la derecha.

VICT. ¡Ah! ¿Se lo había dicho?

DEOG. No; pero como las postales suelen ponerse así, á la derecha.. (Timbre dentro otra vez.)

VICT. Pase usté, pase usté; las hay preciosas.

DEOG. Voy, voy. (Tenía razón el otro. Es costumbre de la casa.) (Vase por la izquierda.)

VICT. ¿Quién llamará ahora? (Vase por el foro.)

DEOG. (Asomándose.) Que en cuanto esté la americana... (Como si oyera pasos.) ¿Eh?

VICT. (Dentro.) Por aquí.

DEOG. (Volviendo á esconderse.) ¡Ya está ahí la visita!

ESCENA IX

VICTORIA.—RAFAEL.

VICT. Aguarde usté aquí un momento. Voy á avisarla.

RAF. No tengo prisa.

VICT. ¿Quién digo que la espera?

RAF. Pues... nadie. No diga usté que la espera nadie. Yo se lo diré luego.

VICT. Pero es que si no se lo digo no va á venir.

RAF. Tiene usté razón. Dígala usté nada más que está aquí el del ramo.

VICT. ¿El de ese ramo?

RAF. Justo; el de ése.

VICT. ¡Vaya, vaya! ¿Con que era usté?

RAF. Sí, señora; yo.

VICT. Y ¿de parte de quién?

RAF. ¿Cómo que de parte de quién? De parte mía. ¿No puedo yo mandar flores?

VICT. Claro que sí. Flores las puede mandar todo el mundo; pero...

RAF. Pero, ¿qué?

VICT. Nada, nada. Voy á dar el recao á la señorita. (¡Se va á reir poco!) (Vase foro.)

RAF. Se me figura que la muchacha me ha tomado en broma... Como que esto ha sido un escopetazo. He debido tardar siete días, como el otro; pero la impaciencia me ha perdido, porque á lo mejor no está bien preparado el terreno todavía... Por de pronto, cuando venga no voy á saber cómo empezar. Aunque, bien mirado, no hace falta empezar de ninguna manera, puesto que ya sabe que soy el del ramo. Y el caso es que un sorbito de ese coñac me animaría mucho. Si me atreviera... (Se atreve, efectivamente, á destapar la botella y llena una copa.)

ESCENA X

RAFAEL.—LEANDRO.

LEAND. (Dentro.) No hace falta. Ya sé dónde está. (Sale.)

RAF. ¡Caracoles! ¿Qué es eso?... ¡Leandro!

LEAND. ¡Cómo! Rafaelito... ¿Qué haces tú aquí?

RAF. Ya lo ves: tomando una copa. ¿Y tú? ¿Por qué entras así? ¿Qué traes en la frente?

LEAND. ¿En la frente? ¡Ah, sí! Un chichoncito... nada.

RAF. ¿Cómo chichoncito? ¡Si tienes hasta sangre!

LEAND. ¡Ah! ¿Me he hecho sangre? Pues mira, ni me había fijado siquiera.

RAF. Pero, ¿qué es lo que te ha pasado?

LEAND. Una tontería. ¿Te acuerdas de aquel encendedor que me regaló Eulalita el día de mi santo?

RAF. ¿El de plata con su inicial?

LEAND. Justo; aquél. Con aquel encendedor ha sido.

RAF. Pero, ¿qué es lo que ha sido?

LEAND. Nada; que entré en tu casa como todos los días, y cuando estaba diciendo: «¿Cómo han descansado ustedes?» ¡Zás! Se me vino el aparatito encima sin saber cómo.

RAF. ¡Qué cosa tan rara!

LEAND. Tan rara, como que estés tú á estas horas en el comedor de doña Paquita.

RAF. Pues es muy sencillo, verás. Volvía yo de recoger los apuntes y subía tan distraído pensando en la curatela, que me confundí y entré en otro piso.

LEAND. Mira, Rafael, si se entera tu mamá, no la des esa explicación, porque te va á decir que es mentira.

RAF. ¡Ah! ¿Sí? ¿Mentira? ¿Es decir, que quieres que te crea lo del encendedor y no me quieres creer lo de la curatela?

LEAND. Porque lo mío es verdad, y lo tuyo... Aquí lo que hay es que has mandado unas flores hace poco.

RAF. ¿Cómo lo sabes?

LEAND. Lo sé, porque... porque estoy viendo el ramo.

RAF. Pues tú has tenido la culpa, porque como me dijiste que á la juventud había que darle lo suyo...

LEAND. Pero no tan pronto.

RAF. ¡Qué quieres! No lo he podido remediar Ayer me crucé en la escalera con la vecina, y como habíais hablado tanto de ella, no tuve más remedio que fijarme...

LEAND. Ya.

RAF. Y pensé: «¡Qué ocasión para seguir los consejos de Leandrito!» Lo malo es que no he tenido paciencia.

LEAND. La verdad es que hubiera sido mejor que lo dejaras para otro día.

RAF. Pero no lo dirás cuando te lo pregunten.

LEAND. ¿Y quién me lo va á preguntar?

RAF. ¡Cómo! Pero, ¿no has bajado á buscarme?

LEAND. ¿Yo? ¡Ah, sí! ¡Claro que he bajado á buscarte!

ESCENA XI

DICHOS.—DEOGRACIAS.

(Sale y se dirige á Leandro, sin ver á Rafael. Trae en la mano un álbum de sellos que á poco deja sobre la mesa.)

DEOG. Le he oído á usté hablar... ¿Qué pasa que está usté aquí otra vez?

RAF. ¡Papá!

DEOG. ¡Hijo de mi alma!

RAF. ¡Estabas ahí escondido!

DEOG. Escondido, ¡esa es la palabra! Escondido... esperándote.

RAF. ¿A mí?

DEOG. A tí, sí. Sospechaba yo que vendrías á ver á doña Paquita, y me dije: «Voy á sorprender á Rafaelito para que no me lo niegue luego.» Leandro lo sabe.

LEAND. Sí, yo lo sé. Y para asustarte más se ha quitado la americana.

DEOG. No; lo de la americana es otra cosa. Con que, vamos á ver, ¿qué tenías tú que hacer en esta casa?

RAF. ¡Pero, papá, si yo he venido por casualidad!

DEOG. ¿Cómo por casualidad?

RAF. Sí; porque he venido... ¡he venido á buscarte!

DEOG. (¡Canastos!) ¿A buscarme?

LEAND. Sí, señor; sí. No se enreden ustedes; todos hemos venido á buscarnos. Y como ya nos hemos encontrado, nos vamos ahora mismo.

DEOG. Es lo mejor, y allá arriba nos entenderemos.

RAF Justo; delante de mamá.

DEOG. ¡No, eso no! Mamá no necesita estar delante. (Medio mutis todos.) Pero, ¿dónde voy yo así, ahora que me acuerdo?

RAF. Es verdad, que tienes que vestirte del todo.

DEOG. Pero el caso es que... ¿no le ha dicho usté á éste lo que me pasa?

LEAND ¿Yo? no; porque no sé lo que usté quiere que le pase.

DEOG. ¡Hombre, lo del transeunte de los pinchos!

LEAND. ¡Ah, sí! A don Deogracias le han hecho un desgarrón en la calle, y como ha entrado aquí á sorprenderte...

DEOG. Eso es; he aprovechado la ocasión para que la señora de la casa me dé unas puntaditas... (¡No cree una palabra, naturalmente!)

ESCENA XII

DICHOS.—PAQUITA.

PAQ He tardado, ¿verdad? (A Deogracias.) Pues todavía tiene usté que esperar un rato á que lo planche Victoria. (A Rafael.) ¡Buenas tardes, joven!

RAF. Buenas tardes.

PAQ ¿Es usté el que me esperaba?

RAF Yo...

PAQ ¡Ya! ya me ha dicho la chica... ¡Cuánto siento que se haya usté molestado!...

DEOG. Yo también . Yo también lo siento mucho.

PAQ. Conste que le agradezco de veras el obsequio

DEOG. ¿Qué obsequio?

PAQ. ¿No querían ustedes saber quién era el del ramo? Pues aquí lo tienen ustedes.

DEOG. ¿Cómo el del ramo? ¡Si es mi hijo Rafael, señora!

PAQ. ¡Cuánto me alegro! Eso me prueba que soy muy simpática á toda la familia.

DEOG. (A Rafael.) ¿Me vas á decir qué significa esto? ¿Cómo te has atrevido á...? (Pero ¿con qué autoridad riño yo á esta criatura?)

RAF. ¡Si no sé de qué se trata, papá! El del ramo no soy yo.

PAQ. Pues ¿dónde está?

RAF. Se debe haber ido... (Sigue en voz baja.)

DEOG. (Aparte á Leandro.) Hay que desviar la conversación, Leandrito, porque esto se complica.

LEAND. Toque usté el registro de los sellos. Agárrese usté al álbum.

DEOG. Es verdad; los álbums son para las ocasiones. (A Paquita.) No le diga usté nada, que en casa arreglaré yo al niño. Y mientras se acaba el planchado voy á pagarle á usté el favor de la costura.

PAQ. ¿Sí? ¿Cómo?

DEOG. Con otro favor de otra clase. Tiene usté aquí (Abriendo el álbum) un sello de mérito, pero mal colocado.

PAQ. Usté dirá.

DEOG. Ha pegado usté uno de la Mongolia en la hoja de Abisinia.

PAQ. Yo no; mi difunto.

DEOG. Bueno, pues el difunto. Vea usted: la corona del Negus es una especie de tiara, y ésta, que parece un embudo, no puede ser más que mongol.

LEAND. Mongol, ¡no hay más que verlo! Todos los embudos son mongoles.

PAQ. Pero ¿de dónde saca usté que eso es un embudo?

DEOG. De que lo es, señora. A ver si este gorro no se parece á este *bouquet* puesto boca abajo.

PAQ. En nada, y usté perdone.

DEOG. Porque lo ve usté de frente, y el rey lo tiene echado hacia atrás; pero figúresele usté de perfil.

PAQ. Hijo de mi alma, no tengo la imaginación á propósito.

DEOG. Pues no hay nada más fácil, ¡caray! Va usté á convencerse en seguida. (Vuelca sobre la mesa las flores del *bouquet* y se queda con el papel en la mano.)

RAF. (¡Siete pesetas tiradas á la calle!) (Deogracias se pone el cucurucho por montera.)

DEOG. ¡A ver si no es ésta la mismísima cabeza del sello! (Aparecen en la puerta del foro Gregoria y Eulalia. Poco después Victoria.)

ESCENA XIII

DICHOS.—GREGORIA.—EULALIA.—En seguida VICTORIA.

GREG. De lo que es esa cabeza es de un mamarracho.

DEOG. ¡Gregoria! (Se quita rápidamente el gorro.)

LEAND (¡Demonio!)

PAQ. Señora, tanto bueno...

GREG. Sigan, sigan ustedes de cuchipanda. Por nosotros no lo dejen ustedes.

PAQ. ¿Cómo de cuchipanda?

EUL. (A Leandro.) Ahí tienes el encendedor, que te lo dejaste en el suelo.

LEAND Eulalita ¡por Dios!, atiende.

EUL. A mí no me dirija usté la palabra en su vida.

VICT. (Apareciendo en la puerta.) Señorita, estas señoras se metieron como un torbellino cuando salía el carbonero.

PAQ. Han hecho bien. Pueden entrar cuando quieran, porque están en su casa. (Vase Victoria.)

GREG. Y que usté lo diga, señora. Por lo menos aquí tenemos toda la familia.

RAF. Mamá, que yo...

GREG. ¡Tú te callas! De tal palo tal astilla.

PAQ. Haga usté el favor de calmarse. Estos caballeros estaban de visita.

GREG. ¡Ah! Pero, ¿es que usté les pone á las visitas unos cucuruchos de papel en la cabeza?

PAQ. Vecina, fíjese usté en lo que dice.

GREG. Yo puedo decir lo que quiera. ¿No quedamos en que estoy en mi casa?

PAQ. Si lo toma usté al pie de la letra...

GREG. Pues, ¿cómo lo voy á tomar? No siendo en mis habitaciones, ¿cómo iba yo á estar hablando con mi marido en mangas de camisa?

PAQ Pero si todo ello es muy sencillo...

DEOG. Sí, Gregoria, sí; lo que ha pasado no vale la pena.

LEAND ¡No, señora; no vale la pena!

EUL. Mamá, no dejes hablar á Leandrito, que es un infme

LEAND. ¿Yo? ¿Yo un infame?

EUL. Sí, porque te vienes aquí á tomar café y á beber cosas.

GREG. Y en casa nos cuenta usté, los expedientes. (Vuelve á salir Victoria.)

VICT. Aquí está la americana

GREG. (Arrebatándosela de las manos) Venga. (A Deogracias.) ¡No! Si no te la pones. Lo que te vas á poner es el gorro ése y á subir ahora mismo con nosotras, para que la muchacha te reciba con todos los honores. (Vase Victoria.)

PAQ. (Riéndose.) ¡Ay! ¡Qué buen humor tiene la vecina!

GREG. Todo se pega. (A Deogracias.) Anda, hijo, anda...

DEOG. (Resistiendo los empellones.) ¡Gregoria!... ¡Gregoria!...

GREG. Y á mí no me vuelves á echar sermones de moral en todos los días de tu vida... ¡Embustero! ¡Hipócrita!

PAQ. La aseguro á usté que...

GREG. No; ¡si á usté no la digo nada! Al contrario. Acabaremos por ser buenas amigas; y... puede que me ayude usté á meter en cintura á

estos pájaros. (A Deogracias, dándole la americana.) Toma, ponte eso, y á dictar los apuntes al niño.

VIOT. (Apareciendo de nuevo en el foro.) Señorita, el portero.

ESCENA XIV

DICHOS.—BENITO.

PAQ. ¿Qué se le ofrece á usté, señor Benito?

BEN. Venía á decirla á usté que no había encontrao á don Deogracias... Pero ya veo que está aquí.

GREG. Sí, aquí está. Y ¿qué era ello?

PAQ. Nada; una solicitud que hacen los vecinos para que el casero me arregle el pasamanos de la escalera.

GREG. ¿Y han firmado todos?

BEN. Esta sí.

GREG. Y ¿no falta más que éste?

BEN Nadie más.

GREG. (A Deogracias.) Firma.

DEOG. ¿Qué dices?

GREG. ¡Que firmes, hombre! Tengo yo mucho gusto en que sirvas de algo á doña Paquita.

BEN (A Deogracias.) ¿Ve usté como yo decia que la señora tenía un gestillo que ya ya?

DEOG. La verdad es que ha traído una revolución á la casa.

BEN. ¿Que si ha traído? Como que no la hubiera echao el administrador aunque se lo hubieran pedido los ángeles, y ahora .. ¡ya verá usté cómo la arregla el pasamanos! (Deogracias firma como en un barbecho con un lápiz-pluma que saca del bolsillo. Benito sigue hablando con Rafael, Gregoria charla con Paquita, Eulalia disputa vivamente con Leandro y empieza á caer el telón. Entretanto se oyen dentro las voces de Victoria y Prudencia.)

VIOT. (Dentro.) Pero, hija, ¿ya está usté sacudiendo otra vez?

PRUD. (Idem.) Yo sacudo cuando me da la gana.
VICT. (Idem.) Usté lo que quiere es quemarme la sangre.
PRUD. (Idem.) ¡Tome usté un refresco! (Etc., etc.)

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El grillo, periódico semanal, ídem id. id.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de mascaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucífer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez

Los pajaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música dal maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harem, cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa.

Gloria in excelsis, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

El palacio de los duendes, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

Las dos reinas, zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Barbarroja, zarzuela en un acto, música del maestro Serrano.

Nuestro compañero en la prensa, comedia en dos actos y en prosa.

La revolución desde abajo, comedia en dos actos y en prosa